

XVI

Bajo la mano de Dios.

Ozanam, esa bella inteligencia, que fué —dice Lacordaire— el maestro de muchos y el consolador de todos, escribía cuando estuvo enfermo esta hermosa página:

«Yo cumplo hoy mi cuadragésimo año, más de la mitad del camino ordinario de la vida. Sé que tengo una mujer joven y amada, un niño encantador, excelentes hermanos, una segunda madre, muchos amigos, una carrera honrosa, y trabajos llevados precisamente hasta el punto en que pueden servir de fundamento á una empresa largo tiempo soñada.

»Y he aquí, sin embargo, que me veo asaltado de un mal grave, pertinaz, y que trae consigo un agotamiento completo. ¿Será necesario abandonar estos bienes que Vos mismo, ¡oh Dios mío!, me habéis dado? ¿No queréis, ¡oh Señor!, contentaros con una parte

de mi sacrificio? ¿Cuál de mis afectos queréis que os inmole? ¿No aceptaríais el holocausto de mi amor propio literario, de mis ambiciones académicas, de mis proyectos de estudio en lo que se mezclaba quizá más orgullo que celo de la verdad?

»Si vendiese la mitad de mis libros para dar el precio á los pobres, si consagrare el resto de mi vida á socorrer á los indigentes y á instruirlos, ¿quedaríais satisfecho, ¡oh Señor!, y me permitiríais el consuelo de encanecer cerca de mi mujer y de educar á mi hijo? Puede ser, ¡oh Dios mío!, que no queráis esas ofrendas interesadas. Soy yo, yo, lo que pedís. ¡Pues bien, aquí estoy, Señor!

»Yo iré si mellamáis, y no tengo derecho de quejarme. Habéis dado cuarenta años de vida á una criatura enfermiza y débil, que hubiera muerto diez veces si diez veces no la hubieran salvado la inteligencia de un padre y la ternura de una madre. Que los míos no se escandalicen, ¡oh Dios mío!, si no queréis hacer un milagro para curarme. Vos escuchad

réis sus oraciones dándome el valor de la resignación, la paz del alma y esos consuelos inexplicables que acompañan á vuestra presencia real. Vos me haréis encontrar en la enfermedad una fuente de méritos y de bendiciones, y estas bendiciones las haréis caer sobre todos los míos, á quienes más que mis trabajos habrán quizá servido mis sufrimientos.»

XVII

Pequeñas industrias para volver la paz al alma y hacerla adquirir merecimientos.

Sentir contento de que los demás prosperen mientras que nosotros quedamos en la sombra y algún tanto olvidados.

Este es el deseo de San Juan Bautista hablando de Nuestro Señor Jesucristo: *oportet illum crescere, me autem minui*. Él debe crecer, y yo empequeñecerme.

¿Por qué no hemos de ver á Jesucristo en la persona de todos aquellos que trabajan con

nosotros y cerca de nosotros, y por qué no hemos de decir en voz baja, asociándonos á nuestro trabajo, ó asociándonos nosotros al suyo: Que ellos se engrandezcan, ¡oh Dios mío!, que ellos os hagan conocer, que ellos os hagan amar ya que son más dignos que yo?

Aquel que supiese orar de esta manera, gozaría en el mundo de lo más dulce, más fuerte, más embriagador y más suave; tendría paz en su alma y ternura en su corazón, se vería rodeado de la estimación de todos, estaría al abrigo de las tristezas, y cuando se dirigiese Dios se vería amado con amor paternal.

Hay muchos hombres que tienen un gran miedo á lo que se llama olvido, sombra, anquilamiento, trabajo ofuscado por el trabajo de otro. Y sin embargo, en este medio que no es la noche, pero que tampoco es el pleno día, las almas delicadas viven más larga vida, dan por más tiempo su perfume, y llenan de una manera más durable la misión que tienen que cumplir en él. Dios toma para sí

cuanto ellas hacen; el demonio nada halla que apropiarse.

-36-

Ver brillar los demás y quedarse en la sombra; verlos aplaudidos y quedar olvidado; verlos prosperar y ser uno desgraciado en sus empresas; trabajar, producir y ver á los demás que recogen los frutos de este trabajo, es duro, muy duro, á la pobre naturaleza humana, que no ha sabido ó no ha querido dejarse penetrar de la virtud de la santa Eucaristía; y, sin embargo, es necesario que en todo haya un primero, un segundo y un último; y ¿por qué quisiéramos ser siempre y en todo los primeros? ¿Es esto justo? ¿Es bueno? ¿Es ni siquiera posible?

Y ese deseo de brillar, de ser los primeros, de ofuscar á todo émulo, ¿no tendría tanta razón de ser en los demás si lo era como en nosotros?

Estudiado en el corazón de los demás este deseo, es una locura; ¿cabe que por nacer en el nuestro llegue á ser bello y legítimo?

Ese deseo de ser siempre el primero en todo, siempre y en todas partes, que no nos atrevemos á confesar pero que se acoge, se fomenta y se ama, es la fuente de los sentimientos más viles y vergonzosos: celos, antipatías, cábalas, odios, calumnias... y humanamente hablando, es casi imposible de desarraigar.

¡Oh! Esas bellas letanías de la humildad que hemos dado otras veces, cuánto tenemos que recitarlas á menudo y decir todos los días á Dios esta oración de un santo: «¡Oh Dios mío, Dios mío! Ocultadme un poco, á fin de que el demonio no me encuentre.»

-36-

No rehusar ningún servicio cuando podamos prestarlo sin faltar á nuestro deber.

El segundo medio para conservar la paz es considerarse como colocado directamente por Dios en una familia ó en una comunidad, para ser por orden suya, y bajo su mirada y protección, *el servidor de todos.*

¡Oh! Dulce y magnífica misión es la que acepta con gusto el Soberano Pontífice el día

en que, elevado sobre el primer trono del mundo, se firma «siervo de los siervos de Dios.»

Es la de Jesucristo, que á todos nos dice: «Yo no he venido para ser servido, sino para servir.»

¡El servidor de todos! Sin duda este título impone penosas y difíciles obligaciones.

Él obliga á molestarse sin mostrar despecho, á prestar lo propio sin inquietarse por el temor de que se maltrate ó se pierda, á dar parte de lo que uno sabe sin inquietarse por la gloria que obtendrá el otro más bien que nosotros, á fatigarse en caminatas ó trabajos penosos, á no oponerse jamás, á encargarse de una multitud de comisiones, á aparecer siempre contentos...; pero una vez aceptado este título como venido de Dios, con la certidumbre de que Dios nos lo impone, y que Él, el amo, nos sigue con la mirada, contando nuestros pasos, escribiendo todo para recompensarlo todo... ¡oh! esta consideración iluminaría con luz divina nuestra vida entera.

Este título de servidor de todos haría desaparecer las rivalidades, los celos, los enfriamientos. Multiplicaría la abnegación, haría nacer el afecto, estrecharía la amistad, desterraría la tristeza y llenaría el hogar cristiano de gozo y alegría.

Mientras más en una familia ó en una comunidad un miembro se hace el servidor de todos, es más feliz. Haced la prueba.

XVIII

Dos costumbres.

Bajo este título, una madre de familia escribe en sus memorias las páginas siguientes. Nosotros las ofrecemos en los primeros días del año como el consejo más prudente y más fácil de seguir. ¡Dichosas las familias que comprendan su importancia!

«Nosotros éramos pobres, muy pobres: nos era necesario un trabajo asiduo y extrema economía para alcanzar á procurarnos lo estrictamente necesario.

»Y, sin embargo, mi padre jamás se entristecía.

—»Estamos sin un céntimo,—decía algunas veces.—¡Qué bien voy á dormir esta noche! No hay almohada más mullida que la confianza en Dios. Paréceme que, cuando nada tengo, es cuando reposo mejor.

»Rara vez la Providencia desmentía este filial abandono; nosotros no sabíamos cómo, pero siempre los recursos llegaban con oportunidad.

»No quiero entrar en pormenores; prefiero exhortar á los que me vean á consultar con su propia experiencia; que tengan valor para obrar así, y verán cómo la Providencia viene en auxilio de ellos.

»¿Y se sabe á quién atribuía mi padre esas atenciones divinas siempre nuevas, siempre inagotables? A dos costumbres que él llamaba sus costumbres de familia, y que amaba de una manera especial.

»La primera era la oración en común.

—»Yo creo en la verdad eterna,—decía él;—

en donde muchos oran en nombre de Jesucristo, Jesucristo se encuentra en medio de ellos, y ciertamente que no viene con las manos vacías. Un señor tan grande siempre trae alguna cosa consigo.

»Así es que todas las mañanas y todas las noches, exceptuando la mañana en tiempo de las grandes labores, nos debíamos reunir todos, y cada uno hacía según su turno la oración en alta voz.

»Generalmente, nuestras oraciones acababan por un *Pater noster* por las necesidades presentes, y este Padre nuestro jamás mi padre lo encomendaba á ninguno.

—»Soy el jefe,—repetía,—soy el padre, y á mí toca la comisión de presentar al gran Padre de familia las necesidades del hogar.

»Su acento era siempre grave, á menudo conmovido, cuando rezaba esta hermosa oración, y nos admiraba sobre todo ese tono de profunda convicción con que pronunciaba estas palabras: «Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.»

»Paréceme con toda certeza que á esta tierra invocación de nuestro buen padre debemos la maravillosa atención con que la Providencia proveía á nuestras necesidades.



»La segunda costumbre que mi padre había establecido entre nosotros, era que nunca pasaba un día sin que al menos uno de los miembros de la familia asistiese á la Misa é hiciese una visita al Santísimo Sacramento.

—»Lo menos que debemos hacer,—decía con su dulce gravedad,—mientras que vivimos en este mundo, es que uno de nosotros vaya á dar á Dios las nuevas de los demás. Es como un diputado que le enviamos para hacerle saber que estamos allí y que tenemos necesidades: es el pájaro que va á buscar el alimento de su cría.

»No tengo necesidad de añadir que él desempeñaba esta comisión con la mayor frecuencia posible.

»Jamás olvidaré el hecho que voy á referir.

»Era una tarde del mes de Agosto: el tiempo había estado extraordinariamente caluroso, y al declinar el día se formó una tempestad horrorosa. El trigo estaba ya cortado y tendido en el campo, y á gran prisa nos empeñamos en ponerlo á cubierto antes de que estallase la tempestad.

»Gracias á Dios que conseguimos hacerlo; pero apenas la última carreta entró bajo techado, cuando el rayo, los relámpagos y una lluvia torrencial alborotaron la naturaleza. En mi vida había visto tempestad más terrible.

»Mi padre se acordó entonces de que no se había pagado el tributo habitual, la visita al Santísimo Sacramento. Se levantó al punto, y á pesar de las observaciones que se le hicieron, á pesar del trueno, el viento y la lluvia, no obstante la distancia considerable que nos separaba de la iglesia, quiso absolutamente hacer su visita, y la hizo más larga que de costumbre.

—»Ahora,—dijo al volver mojado hasta los

huesos,—podré dormir bien tranquilo; nunca duermo bien cuando tengo alguna deuda que pagar ni dinero en la bolsa.»

XIX

La voz que me aconseja.

«Cada vez que tropieces con un sufrimiento ó con un obstáculo, busca á Dios en el fondo de tí misma y pídele consejo», decía á una joven una de esas mujeres del pueblo á quien la fe había iluminado con claridades más luminosas que las que da la ciencia humana, y por la que ella había aprendido en la vida muchas más cosas de las que saben nuestros grandes moralistas.

—»Y,—añade la joven,—esta palabra tan sencilla y tan elevada, que cayó sobre mi alma en una edad en que la comprendía apenas, me ha iluminado sobre lo que debería hacer, y siempre me ha procurado la paz y la tranquilidad.

»Un día en que había oído muy duras pa-

labras, y que sabía se tramaba contra mí algo que me sería muy penoso, me acordé de este consejo, y miré á mi Dios en mi alma, y me pareció oír su voz, dulce como la brisa entre las flores, como una sonrisa de benevolencia paternal, y esta sonrisa me decía: ¡POBRE NIÑA! PERO QUÉ... ¿NO ESTOY CONTIGO?

»Y esto me bastó. Y sentí reanimarse mi alma como se reanima la llama de una lámpara cuando en ella se pone más aceite; y el temor que empezaba á invadirme se disipó como se disipa el miedo de un niño desde que puede arrojarle en los brazos de su madre.

»Sí, sí. Dios está conmigo para impedir todo lo que puede ser en mi contra si lo quiere, ó si no para trocarlo todo en bien mío.

»Un día en que yo experimentaba mucho trabajo en perdonar y en amar, *miré á mi Dios*; y vi que era bueno, que amaba á todas sus criaturas, aunque entre ellas hubiese algunas harto espantosas y bastante manchadas, y vino inmediatamente á mi memoria

este mandamiento tan terminante: *amáos los unos á los otros*. Y pensé que ciertamente Dios no hubiera establecido este mandamiento si no hubiese habido sobre la tierra más que criaturas amables. Es tan fácil y tan bueno amar á quien con nosotros simpatiza, que no habría necesidad del precepto si no fuese necesario amar á los que no son amables, á los altivos, á los malos, á los que no nos aman. Yo sentí que este mandamiento me tocaba á mí en ese instante, y con relación á esa persona contra la que mi corazón se revelaba, y desde entonces dije *sí* y me puse á amar sencilla y buenamente.

Cuando Dios quiere una cosa, da siempre el medio de hacerla; nosotros no tenemos que hacer otra cosa que extender la mano y recibir lo que nos da.

«No decir nunca *no* á Dios es una fuente de paz, de alegría, de seguridad y de éxito en nuestras empresas.»

XX

Sencilla reflexión sobre la limosna.

Hay una palabra que repercute en los ecos de los salones, de las calles y de las reuniones profanas.

Dar, dar, es el impuesto más pesado, impuesto de todos los días, impuesto siempre nuevo, siempre creciente; ¿quién nos librará de este impuesto que nos arruina?

Triste palabra, culpable expresión, sobre todo cuando el que la pronuncia es un cristiano.

No la examinemos hoy bajo este punto de vista: veamos simplemente su falsedad.

Hay una ley de la Providencia que puede cada uno experimentar en sí mismo. Héla aquí: *todo lo que se hace por Dios fructifica*.

Hacéis un gasto diario de una peseta para vuestros sencillos placeres; ciertamente que, al fin del mes y del año, este gasto pesará sobre vuestro presupuesto, y no senta-

réis sin cierta pena este *déficit* en vuestro haber.—Habrà para vos una pérdida real.

Emplead este mismo dinero en limosnas; dad con el pensamiento tan sencillo como verdadero de que sois los depositarios de los bienes de Dios, y veréis si vuestras cuentas os mostrarán realmente el mismo *déficit*.

Almas de poca fe, ensayad; en esto también, como en muchas cosas divinas, es cosa de experimentarlo.

El cristiano que ha escrito: «la limosna es una semilla», dijo verdad... Dad,—decía él.—*Poco ó mucho*, eso rebrotará. ¿El calor del sol no es el misterioso agente que hace madurar los frutos, y la lluvia que cae sobre la tierra no hace producir el grano? ¿Por qué la caridad no ha de ser un agente divino que apresure la madurez de los negocios humanos?

Sucedará quizá que os mostréis generoso sin que ningún hecho providencial venga á mostraros la generosidad divina.

Puede ser: pero además de que esto es raro, jamás os atreveréis á decir, viendo tal vez en vuestras cuentas algún *déficit* causado por las limosnas: *tanto he perdido*; os desafío á tomar entonces la resolución de disminuir vuestra beneficencia. Ni siquiera pensaréis en ello; y si hay necesidad de hacer alguna economía, no la haréis en vuestras limosnas. Existirá en vuestro espíritu la firme convicción de que tarde ó temprano Dios os dará lo que os falte, y continuaréis dando, y esperaréis con tranquilidad.

Dios es un deudor *in solidum* á quien se le puede prestar sin riesgo. Tarde ó temprano, la deuda será reembolsada con intereses.

Nosotros los católicos estamos seguros de que nuestros fondos están más seguros allá arriba que acá abajo, y de que el gobierno divino es el único que nunca se declarará en quiebra.

XXI

A los pies de la Santísima Virgen.

¡Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros!

—
¡OH MARÍA!

Es un grito del corazón; es el llamamiento del alma que está sola, que sufre, que tiene necesidad y que os quiere; ¡oh María!

Gritar, llamar á alguien, es quererlo cerca de sí, para sentirse protegidos, guiados, para oír que se nos dice: «¡Ahí estoy!»

¿Cuál es el corazón angustiado que en el silencio del recogimiento, y en medio de esa soledad que algunas veces es tan pesada, no ha llamado como si pudieran acudir á su voz á aquellos que le han sido arrebatados por la muerte? ¿Quién no ha gritado alguna vez bañado en lagrimas: *madre mía, padre mío, hermano mío, amigos míos?*

Ellos no acudirán á nuestro llamamiento porque han muerto; pero viene su recuerdo,

viene su imagen, que se muestra con esa bondad que la ausencia ha hecho tan tierna, y esta visión de un momento serena, consuela, fortifica.

Pero Vos, ¡oh María!, cuando os llamo os mostráis á mí. Y no es una ilusión: yo siento al pronunciar vuestro nombre, con una confianza que mi misma necesidad fortalece, que Vos acudís, que estáis cerca, muy cerca de mí.

Tenía miedo, y me siento fortificado.

Estaba solo, y me siento amado.

Estaba agobiado, y me siento aligerado.

Estaba triste, y siento la sonrisa mezclarse con mis lágrimas.

¡Gracias, Dios mío, por habernos dado á María! ¡Gracias, Santa Iglesia romana, por habernos inspirado la dulce obligación de invocarla, de llamarla, de orar á María! ¡Gracias, madre mía, por haberme desde los primeros días de mi infancia enseñado á balbucir el nombre de María!

¡Oh madre, madre cristiana, si supieseis qué fuente de consuelo, de luz y de fuerza

ponéis en el alma de vuestros hijos enseñándoles á amar y á invocar á María!

¡OH MARÍA, CONCEBIDA SIN PECADO!

Esta palabra es un canto de gloria, un canto de alabanza y de alegría.

Hay horas en que de todos los puntos de la tierra sube al Cielo, como expresión del amor, del reconocimiento y del júbilo de todos los corazones católicos. Hay horas en que, allá en el Cielo, Dios Padre la dice á esa criatura tan privilegiada en cuya belleza ha agotado su omnipotencia; horas en que Jesús la dice á su Madre como la alabanza más dulce y más grata á su corazón; horas en que los ángeles la cantan sin cansarse, como cantan delante de la Majestad divina: *Santo, santo, santo es el Señor Todopoderoso.*

Es que esta palabra es una alabanza para María, y sólo para María. Otros en el Cielo son vírgenes, son mártires, son santos y poderosos en grados diferentes; pero hay dos gracias especiales dadas á María, y que harán

de ella durante toda la eternidad una criatura aparte: *su concepción inmaculada y su maternidad divina.*



María concebida sin pecado.—Es decir, que María jamás ha cesado de ser el objeto, no ya del amor de Dios, pues que Dios á todos nos ama, aun á los pobres pecadores, sino de la complacencia de Dios. Dios siempre se ha complacido en pensar en María, en mirar á María con esa mirada afectuosa que descansa sobre el ser digno de ser amado, y que parece decirle: «Puedo contar contigo, estoy bien contigo.»



¡María concebida sin pecado! — Es decir de María que ella siempre ha amado á Dios; y esta palabra, *siempre*, se toma en el sentido más extenso, encerrando cada uno de los minutos de su vida y cada uno de los latidos de su corazón.

María ha amado á Dios con un amor de preferencia, que siempre le ha hecho poner

á Dios antes que todo y sobre todo. A Dios más que á sus padres y más que á sus intereses personales. A Dios, aun con el abandono, la pobreza, los dolores, la ignominia. A Dios, más que todo lo que el mundo hubiera podido ofrecerle: alegría, riquezas, afectos, honores.

María ha amado á Dios con un amor de ternura que es al mismo tiempo *amor de niño*, sincero, bueno, franco, confiado, alegre; *amor de joven*, generoso, expansivo, dispuesto á todos los sacrificios; y *amor de madre*, constante, firme y capaz de resistir todo.

¡María ha amado á Dios con un amor generoso que le ha hecho sacrificarlo todo á un simple deseo de Dios, aceptarlo todo de la Providencia de Dios, hacerlo todo para cumplir en todo, siempre y en todas partes la santa voluntad de Dios!

Y entre *María* concebida sin pecado, y *Dios*, que en su misericordioso amor le ha dado este privilegio, ha habido, hay y habrá siem-

pre la más íntima é inquebrántable unión.



María concebida sin pecado.—Es decir de María que por esta pureza tan completa que ha recibido, y por esa integridad tan perfecta que ha conservado en su alma, en su cuerpo, en todo su ser, Ella ha atraído á sí todas las gracias que Dios quería dar á sus criaturas, y que no podía dárselas porque no eran inocentes, y que así María ha venido á ser como el depósito de las riquezas infinitas de Dios, como el tesoro divino en donde Dios echa siempre y en donde el hombre puede siempre llegar á buscar lo que le falta.

Qué bella, qué dulce, qué consoladora es esta palabra de la Iglesia: «¡Oh María, concebida sin pecado!» Y cuán espontáneamente añadimos: «Rogad por nosotros, que recurrimos á Vos con la confianza de ser escuchados!»